

## **Domingo 4to del Tiempo Ordinario Ciclo A (Mt. 4, 25- 5, 12) 01-02-2026**

Si todo el evangelio nos invita una y otra vez a entrar en una lógica diferente, el texto de las bienaventuranzas lo hace de una manera radical. Expresa, a modo de síntesis, la vida misma de Jesús y su propuesta de humanidad nueva: ese modo otro de vivir en plenitud, tan distante de lo que imponen las leyes del mercado y el consumo.

Estamos metidos en un modelo de felicidad como logro personal, casi como una obligación de ser feliz, que suprime ilusoriamente el proceso lento y paciente de transformación que implica crecer, para imponer la inmediatez de un bienestar otorgado por tal o cual objeto que compro y poseo, o por metas que supuestamente se logran sin esfuerzo, y casi por arte de magia, desde aprender idiomas, hasta cumplir el sueño de la vida, y que exalta el éxito a toda costa, el poder sobre la debilidad, el individualismo sobre el valor de lo común.

Pero la vida cotidiana nos regala también experiencias que nos ayudan a acercarnos a ese modo otro de plenitud que propone el evangelio. Una de ellas es contemplar a los niños que recién están empezando a caminar y deambulan por la playa en el entorno de sus papás. Es toda una odisea mantener el equilibrio con sus bracitos abiertos sobre los desniveles de la arena, dar cada paso con el tiempo necesario y verse sorprendidos al caerse sentados, para luego iniciar nuevamente la aventura de ponerse de pie y continuar. Otra, son las personas en silla de ruedas, que junto a sus familias y un equipo de la Intendencia, realizan actividades y entran al agua, gracias a la accesibilidad de la playa, varios días de la semana. Entre ellos hay un joven que nos regala a cada uno de los que llegamos, un elocuente hola! Y adiós! cada mañana.



El lento caminar de los niños nos recuerda que desde el inicio de nuestra existencia estamos hechos de procesos que tienen sus ritmos propios. Que la transformación que implica crecer y madurar dándonos a luz cada día lleva esfuerzo, tiempo, decisiones, aceptación. Un recorrido hacia la plenitud que no se compra con dinero ni se impone desde arriba con el poder de la violencia o la manipulación. Quizá por eso Jesús proclama felices a los que trabajan por la paz, por la justicia, aún cuando no vean la realización de sus esfuerzos, porque en el empeño por colaborar en la transformación de nuestro modo de vivir y convivir, ya acontece lo nuevo.

La comunidad de mutuo cuidado de la playa también nos hace caer en la cuenta que todos necesitamos miradas, manos y corazones que nos alienten en el camino. Que no es verdad mi felicidad al margen de los demás. Por eso son felices al modo de Jesús, los que son capaces de hacer con otros y por otros, lo que solos sería imposible; felices no porque ignoren sus sufrimientos y sus angustias, sino porque en este entramado de cuidado, escucha, disposición y propuesta de alternativas, acontece una manera más humana, más solidaria, más fraterna, más respetuosa de cada vida. Lentamente, desde dentro, desde la fuerza de lo pequeño, al modo del saludo de nuestro amigo de cada mañana, que con su entusiasmo abre una pequeña abertura en los muros de nuestro individualismo, y nos invita a reconocernos prójimos unos de otros.

¿Somos capaces de celebrar y acoger este modo de ser más plenamente humanos y hermanos que nos proponen las bienaventuranzas?

*Carina Furlotti*